

Castor cumple cien años

Anne ZELENSKY¹

anne.zelensky@noos.fr

Recibido: 30.05.2009

Aceptado: 01.07.2009

RESUMEN

El centenario del nacimiento es el momento de sacar a Simone de Beauvoir del purgatorio al que la relegaron en Francia por su estatura intelectual y por su inconformismo al denunciar el incumplimiento de uno de los lemas de la Revolución: la carencia de igualdad entre los sexos. Beauvoir se propone desvelar el mundo a través de su propia experiencia. Su dotación para la felicidad la llevó a una labor de deconstrucción de la condición femenina y a la propuesta de otra manera de ser mujer. Su reflexión fue una plataforma valiosa para el feminismo político de los 70, que encontró en ella una teórica magistral.

Palabras clave: Orden patriarcal, construcción/deconstrucción, diferencia de los sexos, libertad, liberación, feminismo igualitarista, feminismo esencialista.

Castor's One Hundredth Anniversary

ABSTRACT

The centenary of Simone de Beauvoir's birth is the right moment to release her from the purgatory where she was relegated in France, due to her intellectual stature and her nonconformist complaint against the unobservance of one of the principles of the Revolution: gender equality. Beauvoir tries to unveil the world through her own experience. Her good disposition to achieve happiness moved her to the deconstruction of the woman status/nature and to propose an alternative womanhood. Her thought became a valuable base for the political feminism of the '70s, which found in it a masterful theory.

Key words: Patriarchal order, construction/deconstruction, gender (in)equality, freedom, liberation, equalitarian feminism, essentialist feminism.

1. SACARLA DEL PURGATORIO...

El centenario es una buena ocasión para sacar a Beauvoir de la semicuarentena en la que en Francia la pusieron los medios universitarios e intelectuales. En efecto, Beauvoir y Sartre, desde su muerte se vieron relegados a una especie de purga-

¹ Fundadora con Beauvoir de la Ligue du Droit des Femmes, militante feminista.

torio, mientras en el extranjero siguen siendo estudiados y admirados. Como es sabido, nadie es profeta en su tierra. La posteridad fluctúa con las modas. Son innumerables los ejemplos de artistas y escritores que cayeron en el olvido, para resurgir a veces siglos después de su muerte y ver reconocido su genio. Se explica en parte este rechazo a Beauvoir por la estatura del personaje, en el que no se reconoce nuestra época, regresiva y conformista. Y por el carácter esencialmente perturbador, siempre iconoclasta, de su obra más conocida *El segundo sexo*. No solo no ha sido superada, sino que sigue siendo un revulsivo.

Es interesante la figura de Beauvoir en el paisaje intelectual y cultural francés. Refleja las ambigüedades del país de Descartes. Por un lado, es positiva: es puro producto del pensamiento heredado de las Luces, y ejemplo de la supuesta concordia que reina entre los sexos, gracias a la pareja que formó con Sartre. Por otro lado, es negativa: reactivó el machismo constitutivo del hexágono. Beauvoir, en efecto, aplicó lo mejor de la Razón, tan cara a mis compatriotas, a un tema que trastoca profundamente los espíritus: la relación entre los sexos. De ahí la reacción de los más eminentes representantes de la “inteligencia” cuando fue publicado *El segundo sexo*, como Mauriac y Camus.

Tales reacciones son reveladoras de las ambigüedades de Francia en lo que se refiere a la cuestión de los sexos. Es el país donde se desencadenó la Revolución que permitió, con la *Declaración de los Derechos del Hombre*, la emergencia posterior de los movimientos feministas, pero también el que mandó al cadalso a Olympe de Gouges por haber escrito la « Declaración de los Derechos de las Mujeres», y el que cerró los clubes de mujeres. Un país que se cuenta entre los últimos en otorgar el derecho de voto a las mujeres, en 1945, pero donde se publicó en 1949, *El segundo sexo*, obra de referencia internacional. País en el que contamos con el más completo arsenal de derechos de igualdad, teóricamente, pero donde sigue una diferencia de sueldos del 20 %, país en el que las mujeres gozan de las ayudas sociales más amplias, (por lo que se explica la fuerte natalidad), pero país en el que la ayuda doméstica del cónyuge masculino aumentó diez minutos en 30 años... País del amor, donde se considera oficialmente que las relaciones entre los sexos son pacíficas, pero donde la violencia doméstica está en crecimiento constante y representa la cuarta parte de la delincuencia. País, en fin, de una de las más miserables representaciones parlamentarias femeninas.

Beauvoir, tanto por sus escritos como por sus obras, trastornó profundamente el orden patriarcal de las cosas. Si admitimos que ese orden gira en torno a un eje central: el de la dominación de un sexo por el otro y la sujeción de una mitad de la humanidad, entonces se comprende el desorden que causó Beauvoir. *El segundo sexo* es la bisagra entre dos mundos, el de antes y el de después. El de antes, en el que la mujer estaba ligada, sujetada a sus papeles de sirvienta del hombre y reproductora de la especie; el de las «mujeres perdidas para la humanidad». Y el mundo de después, el que –ojalá– está llegando a ser. Entre los dos, *El segundo sexo* es el pórtico que abre el acceso a este último mundo. Sin embargo, el libro de Beauvoir

no surgió de la nada, no cayó del cielo. Fue el resultado de siglos y siglos de tenaz resistencia femenina al orden patriarcal. Es un eslabón esencial en esa larga cadena. Es la concreción teórica magistral de esa larga marcha de las mujeres hacia su libertad. Y anuncia la emergencia de un tipo de mujer inaudito en la historia humana, la mujer desligada, que ya no se define en términos de ser relativo, sino a partir de sí misma. Este cambio radical tiene sus raíces en su independencia económica y su autonomía sexual. Beauvoir fue una precursora y anunció que a partir de entonces las mujeres tenían un porvenir. Es un faro para todas/os nosotras/os.

2. LA FELICIDAD COMO META

La materia primera de la obra de Beauvoir es su vida: “On n’écrivit jamais que ses livres”, escribió en *Memorias de una joven formal*. Pretendió desvelar el mundo en su complejidad y en sus contradicciones a través de su propia experiencia. Se sitúa en la línea de Montaigne, del « se pourtraire au vif». Toma el mundo como objeto a través de su mirada de sujeto singular. Persigue su verdad singular, desvela una experiencia particular que coincide con cierta universalidad. La originalidad aquí es que el sujeto es una mujer. Tenía el suficiente optimismo y confianza en sí misma, cosas de las que carecen la mayoría de las mujeres, como para atreverse a proponer al mundo tal como había sido construido, un artefacto masculino, su visión a través de una subjetividad femenina, que se pretendía universal. Tenía dotes excepcionales para la felicidad. Y supo construir, a partir de tales dotes, una obra que se confunde con su vida. Escribe en la obra ya citada: « Era alguien y haría algo. Alguien me esperaba: Yo ”.

A partir de estas dotes naturales para la felicidad en las que insiste mucho, Beauvoir va a movilizar su voluntad para construirla: “Cada día, construía sin recursos mi felicidad”, confesará. “Me hace infeliz no sentirme feliz”. Ninguna pasividad, pues, en esta verdadera mística de la felicidad, sino un voluntarismo tenaz. “Negaba que la vida tuviera otras voluntades que las mías”, escribe en *La plenitud de la vida*.

Cultivar estas dotes para la felicidad supone un dominio constante de sí misma, de sus pulsiones, sus determinismos, sus condicionamientos. La felicidad no se concibe sin la libertad, pensada en términos individuales y colectivos. Volvamos a la obra. *El segundo sexo* es un alegato a favor de la felicidad. Un alegato a largo plazo. A favor de una felicidad que no tiene nada que ver con la felicidad de confección a disposición de las mujeres: marido, niños, dependencia. La felicidad es incompatible con la servidumbre. Ella incansablemente hizo fructificar su disposición a la felicidad. Lo que le valió el apodo de *Castor*, animal que se distingue por sus cualidades de constructor. Y, en efecto, la obra de Beauvoir, tanto como su vida, es una empresa caracterizada por un doble movimiento: deconstrucción y construcción. Deconstrucción de la pareja tradicional y construcción de un nuevo

modelo de pareja. Deconstrucción de lo que supone la condición femenina, y pistas alternativas hacia otra manera de ser mujer.

3. FILÓSOFA ANTE TODO...

Eso es también aplicable a su manera de filosofar. La obra de Beauvoir está en la encrucijada de los géneros: novela, ensayo, memorias, pero tal vez sea esencialmente filosófica. El filosofar es el punto de partida de su obra. “Para escribir, la primera condición es que la realidad no vaya por sí sola, no caiga por su peso, sólo entonces es una capaz de verla y darla a ver” (*Memorias de una joven formal*). Es ante todo filósofa, una filósofa original que hizo obra creadora. Se negó a entrar en las consabidas vías que se ofrecen a los que quieren filosofar.

¿Por qué escogió esta disciplina? “Porque va derecho a lo esencial”. Corresponde a su sed de abarcarlo todo, de conocerlo todo. “La “filo” me permitía saciar tal deseo, porque apuntaba a la totalidad de lo real. ... Me descubría un orden, una razón, una necesidad. Iba a ser una alumna brillante y a conseguir la Agregación de filosofía a la primera, en 1929. Sin embargo, aunque fue profesora de filosofía durante algunos años, no hacía profesión de filósofa.

Me explico. La filosofía es una disciplina secuestrada, alejada de la gente. Doblemente enclaustrada: en el ámbito universitario y en un lenguaje codificado. Además durante mucho tiempo fue un privilegio reservado a los hombres. Las mujeres fueron privadas del ejercicio del pensamiento. Pero no siempre fue así: la filosofía ha sido una disciplina secuestrada por lo universitario desde el XVIII. En su origen, en la antigüedad, la filosofía estaba más o menos al alcance de cualquiera. En Francia, el movimiento de los «cafés filo», que empezó hace unos veinte años, marcó la voluntad de reappropriarse de ella, de hacerla bajar de su pedestal. Hoy día, el escritor Michel Onfray sigue en esta vía con la Universidad Popular de Caen que tiene gran éxito.

Pero oficialmente, dos vías se abren, en efecto, a los que quieren filosofar: estudiar y comentar las obras de los filósofos reconocidos o construir un sistema propio. Estas dos opciones no satisfacen a Beauvoir. Su deseo de autonomía intelectual es incompatible con esas estrechas vías. Deja a Sartre la ardua tarea de «hacer una filosofía» y prefiere la literatura. Se siente incapaz de «llevar a cabo ese delirio concertado que es un sistema filosófico». Sin embargo, de los dos, la filósofa es ella, como dice Maurice de Gandillac. No es reconocida como tal. No aparece en ningún manual de filosofía, en ningún grado. Porque no entra en los códigos establecidos; es una disidente. Su posición iconoclasta le vale este rechazo.

Falta tiempo todavía para que se le dé el reconocimiento que se merece. Beauvoir es, como dice Gandillac, de entre los dos, la filósofa, por su manera de cuestionar incansablemente el orden de las cosas. Y por hacerlo de manera comple-

tamente inédita, desbordando la manera de hacer filosofía, y haciendo prospectiva sobre temas ignorados por la filosofía oficial.

Y así es como en plena libertad, introduce en la filosofía un tema hasta ahora completamente relegado, desconocido. Ni siquiera tenía nombre este tema. “La cuestión de la diferencia de los sexos”, por decirlo así. O la relegación de una mitad de la humanidad a la postura de Otra, de segunda. Era el punto ciego de la filosofía. Lo desvela. Y la manera como lo desvela es original. No recurre sólo a conceptos. Se sirve de otros recursos del conocimiento humano para apoyar su demostración: la literatura, la sociología, el psicoanálisis. Rompe en el fondo y la forma con las denominaciones filosóficas. Así, Beauvoir cumple la doble apuesta de ser filósofa sin pretender serlo y de dedicar su análisis a este tema insólito de la cuestión de los sexos. El mismo propósito esgrimirá con otro tema ignorado, la vejez. Abre campos nuevos a la reflexión humana y enlaza con la filosofía antigua. El pensamiento no se aísla de la vida, sino que está en relación con ella. Al pensar su vida y vivir su pensamiento, restablece la conexión necesaria entre ambos.

Beauvoir estaba por encima de su condición de mujer, y esa es la razón por la que pudo elaborar tal análisis sobre la condición de la mujer. Como es frecuente, los dominados que en parte escapan a la dominación son los que acceden a la capacidad de tomar el necesario distanciamiento para analizar su condición; la distancia necesaria para poder hacer una crítica acertada. Una distancia unida al sentimiento de pertenencia. Beauvoir tiene tal distancia, y al mismo tiempo siente solidaridad por la condición que describe. Tuvo la suerte de escapar en parte a su condición, y puso esta oportunidad al servicio del análisis de la dominación de las mujeres. Aunque no se considerara personalmente inferior, sentía compasión y solidaridad con la condición de las mujeres.

Así, sus análisis no se limitan a la teoría. *El segundo sexo* no es sólo una reflexión teórica; por una parte, se nota la implicación personal de Beauvoir, que no había sospechado que iba a apasionarse tanto por el tema. Y por otra parte, el libro encierra pistas concretas para la acción.

4. LAS HEREDERAS

Sus herederas somos las que fuimos a explorar las vías abiertas por su reflexión, las feministas de los años 70. Sólo veinte años separan la publicación de *El segundo sexo* (1949) y el resurgimiento del feminismo en Francia. Entre las dos fechas, hay un acontecimiento esencial: mayo de 1968. A pesar de la invisibilidad de las mujeres durante los «acontecimientos», éstas estuvieron presentes, incluso de manera directa. Organicé con una compañera unos debates sobre “Las mujeres y la revolución”, con mi asociación creada en 1967: FMA, *Feminin Masculin Avenir*. Mayo fue el crisol en que se forjó el futuro MLF (Movimiento de Liberación de las

Mujeres). Y paradójicamente, fue la única revolución que reabrió la vía al feminismo, en vez de cortarle el paso.

La Historia, pues, nos ofreció una oportunidad única: el encuentro en vivo entre la teórica magistral de la opresión de las mujeres y sus herederas, lo que contribuyó a reforzar la interrelación. Nuestros combates actualizaron los grandes temas de nuestro libro de referencia. La partitura escrita por Beauvoir encontró la orquesta capaz interpretarla. El leitmotiv recurrente fue la libertad. Y se centró sobre el cuerpo, doblemente apropiado, bajo el “aspecto” de la maternidad esclava, y de la sexualidad incapacitada.

Este tema de la libertad marca un cambio de rumbo en el feminismo. Hasta la mitad del siglo XX, los combates de nuestras predecesoras se organizan alrededor de la reivindicación de igualdad: derecho al saber, al trabajo, derecho de voto. Pero la conquista de estos derechos que pretenden dar una igualdad legal a las mujeres, se reveló decepcionante. El libro de Betty Friedan *La mística de la feminidad* describe la frustración de aquellas jóvenes diplomadas norteamericanas que una vez casadas, ahogaban sus sueños de realización profesional entre la cocina y los pañales. Hoy día, la serie *Mujeres desesperadas* muestra la misma frustración en esas mujeres encerradas en sus bonitas casas de las afueras... La dominación es como una hidra: reconstituye siempre sus brazos... Tal evidencia nos invita a “no bajar la guardia” nunca, a no abandonar la lucha.

Tal frustración nos hizo tomar conciencia, a nosotras, las feministas de la generación de los años 60, de que la lucha feminista no se limitaba a la igualdad. Su aplicación era invalidada por un obstáculo mayor: la imposibilidad de controlar la maternidad. Nos dimos cuenta de que existía una condición necesaria previa a la igualdad: la libertad. Así fue como, en los años 70, el eje del feminismo se desplaza de la igualdad hacia la libertad.

Entre ambas, está el libro maestro de Beauvoir. Como se sabe, los capítulos que más polémica causaron fueron los concernientes a la sexualidad de la mujer. Las mujeres, el objeto sexual por excelencia, con las que va asociada la palabra sexo, segundo sexo, bello sexo, sex, ignoraban las cosas del sexo y no tenían derecho a hablar del sexo. Del sexo conocían más la brutalidad de la noche de bodas y las angustias del parto, que las delicias del placer. Por primera vez, las mujeres rompieron con el pudor y el silencio sobre las cosas del sexo. Aprovecharon la liberación sexual para hablar de sus cosas. Liberación sexual, sí, pero ¿para quién y cómo? Desde el principio, tuvimos cierta desconfianza hacia esa liberación, que liberaba sobre todo los fantasmas masculinos, a base de sado-masoquismo. Nosotras también queríamos por fin disponer de nuestro cuerpo. No para ponerlo a disposición del varón, bajo otra forma. Ya estaba a su disposición desde hacía milenios. Colectivamente, afirmamos nuestra voluntad de repropriarnos de nuestro cuerpo. Un cuerpo desconocido, al que se impedía elegir sus embarazos, un cuerpo enfeudado al placer masculino.

Así empezó la lucha por la libertad de disponer de aquel cuerpo sometido a dominación. La dominación se encarna en la violencia. Violencia invisible e impune: prohibición del aborto, violación, violencias conyugales, acoso sexual... Violencias ocultas detrás del muro de lo privado. Corrimos las cortinas que separaban lo privado de lo público. “Lo privado es político” fue uno de nuestros más famosos lemas. Otro aspecto de nuestra filiación con Beauvoir: toda su obra es un empeño por borrar las fronteras artificiales entre lo privado y lo público, ya que se nutre de la materia de su vida.

Para Simone el encuentro con nosotras fue uno de esos inesperados regalos de la vida. Había culminado ya lo esencial de su obra. Como le confía a Francis Jeanson en *Simone de Beauvoir ou l'entreprise de vivre* (Francis JEANSON, Le Seuil, 1966), no esperaba algo verdaderamente nuevo. No había previsto que un puñado de mujeres audaces iba a poner en acción colectivamente sus ideas, e irrumpir en su vida. Ella, que había sido tan criticada, asistió a la confirmación *in vivo* de las verdades que había proclamado. Devolvíamos, a la que tanto nos dio, lo que le correspondía. Hasta entonces, su camino había sido más o menos solitario. “El feminismo es una manera de vivir individualmente y una manera de luchar colectivamente” confiaba a F. Jeanson en el libro citado.

Su vida es una aplicación de tal aserción. Hasta el encuentro en los 70 con el nuevo movimiento feminista, vivió individualmente su feminismo. Superó su destino de mujer, condujo su vida, realizó sus anhelos de juventud. Se esforzó por estar a la altura de sus ambiciones. Como horizonte, tenía la libertad. En todos los aspectos de su vida. Hasta *El segundo sexo*, no había tenido conciencia de ser mujer. Pero al comenzar a escribir el libro, tuvo una revelación: “Este mundo es un mundo masculino. Mi niñez fue nutrida por mitos forjados por los hombres y no reaccioné de la misma manera que si hubiera sido un muchacho” (*La plenitud de la vida*).

Hasta el surgimiento del MLF, no tuvo ocasión de comprometerse concretamente. Cuando se presentó la oportunidad, Beauvoir no vaciló. Se alineó con nosotras. Y aplicó la segunda parte de la frase “Una manera de luchar colectivamente”. Participó plenamente en todas las acciones y reflexiones de nuestro Movimiento. Y eligió su terreno en el feminismo. Fue, como era de prever, el de la igualdad o universalista. Desconfiaba mucho de las corrientes que se decantaban por la existencia de una naturaleza femenina, las llamadas esencialistas o de la diferencia. No era algo irrelevante para quien había puesto en evidencia lo que encubre la referencia a la naturaleza. Su participación en nuestro movimiento comenzó por la despenalización del aborto. Cuando fui a verla en otoño de 1970, para presentarle el manifiesto de las 343, y pedirle su ayuda para recoger firmas de mujeres conocidas, no vaciló. Aceptó en seguida y llamó a las celebridades. Empezó así una colaboración entre nosotras que duró hasta su muerte.

Un año más tarde, fueron las Jornadas de denuncia de los crímenes contra las mujeres. Jornadas memorables, en que por primera vez, en una mítica sala de París, la Mutualité, acudieron las mujeres a dar testimonio sobre los diferentes aspectos de la opresión: aborto, trabajo doméstico, violación, homosexualidad... No fue una letanía de horrores, sino una ocasión festiva de compartir públicamente experiencias de mujeres. Beauvoir participó en el grupo sobre el aborto, vino a las reuniones de preparación, se sentó en el suelo, como nosotras, en círculo –habíamos quitado la tribuna, para suprimir la separación entre las que hablaban y las que escuchaban–. Asistió a todas las jornadas en la sala, en calidad de público. De vez en cuando, iba a verla para conocer su opinión sobre lo que pasaba. Estaba entusiasmada.

Del tiempo de esta rica colaboración con Beauvoir, que duró diecisésis años, me queda el recuerdo de una persona humilde y generosa. En general, Beauvoir no tomaba la iniciativa. Respondía casi siempre a las propuestas de las feministas con las que había elegido trabajar. Consideraba que desde entonces, nosotras teníamos algo nuevo que decir. Un ejemplo fue el del retrato. La cadena A2 y el Ministerio de los Derechos de la Mujer coprodujeron una serie de retratos de feministas ilustres. El último era el de Beauvoir. No quiso figurar sola en la emisión. Eligió a cuatro de sus feministas preferidas para dar a conocer el movimiento. Ella sólo hacía de testigo, se contentó con darnos la palabra. Con notoria humildad se ponía al servicio del nuevo feminismo, no se servía de él, como hicieron otras. Ya no tenía nada que probar. Como todos les seres cumplidos, era generosa.

Tal vez hubo una excepción en esa voluntad de dejarnos la iniciativa: la Liga de derechos de la Mujer. Fue ella quien propuso crear una Liga de los derechos de la mujer. Existe una Liga de derechos del Hombre. Pero Beauvoir era muy crítica con ella. Consideraba que no se preocupaba de los derechos de las mujeres. Así es como nació la LDF (Liga del Derecho de las Mujeres) en 1974. Beauvoir fue su primera presidenta. La creación de esta asociación dio nuevo aliento a nuestro Movimiento, que empezaba a ahogarse, y se cerraba sobre sí mismo. La LDF intentó abrir el feminismo a mujeres a quienes repelía su manera encubierta de proceder. Además, quería pasar del grito a la estrategia, o sea, hacerse con la manera de hacer frente al sexismó bajo sus diversas formas. Beauvoir fue solidaria con las acciones de la LDF. Escribía artículos, firmaba textos, tenía una confianza total en nosotras.

Para concluir, diré que la persona estuvo a la altura del personaje. Un personaje de otro tiempo, de un tiempo en que la obsesión por el estrellato no ejercía su tiranía sobre las mentes. Tuve la suerte de llegar a ser amiga suya con el tiempo. Solía ir a visitarla a su famoso dúplex de la calle Schoelcher. Conversábamos sobre asuntos feministas. Pero lo que más le interesaba eran mis amores y mi psicoanálisis. Son conocidas sus reticencias ante la práctica psicoanalítica. Pero, al escucharme, y al observarme, concluía que mi cura daba buenos resultados. Su incansable curiosidad encontraba en mi experiencia psicoanalítica un nuevo acicate. Sólo lamento que desapareciese prematuramente.

Recuerdo, como si fuera hoy, el día de su entierro, en abril de 1986. Se formó una larga marcha de mujeres, unas 5.000, que se dirigían hacia el cementerio de Montparnasse. Vinieron del mundo entero a despedirse de ella. El cortejo no tenía nada de triste, era como una fiesta, un último homenaje a la que tanto debíamos. Ante su tumba, la filósofa Elizabeth Badinter, con los ojos llenos de lágrimas, gritó: “¡Mujeres, le debéis tanto!” Centenares de ramos de flores alfombraban su tumba y los alrededores. Todavía hoy encontramos siempre flores frescas y notas escritas, en todos los idiomas, sobre su tumba, que expresan el amor y el agradecimiento de las y los que nunca olvidarán a esta gran dama.